



UNA INDUSTRIA FRAGMENTADA

GASPAR ARENAS

OT

INDUSTRIA
ARTESANÍA LOCAL
MERCANTILIZACIÓN

LA EXPERIENCIA DE DISEÑAR Y CONSTRUIR LUMINARIAS CONTEMPORÁNEAS NOS LLEVA A DESCUBRIR UNA INDUSTRIA DISEMINADA EN DIVERSOS TALLERES DEL SECTOR LA LEGUA, EN SANTIAGO DE CHILE, UNA REALIDAD SOSTENIDA PRINCIPALMENTE POR PERSONAS QUE POSEEN OFICIOS QUE NO PUEDEN ABANDONAR.

ESTE ESCRITO REÚNE PISTAS ACUMULADAS A LO LARGO DE UN EXTENSO PERIODO DEDICADO A SITUARME COMO DISEÑADOR INDUSTRIAL A LA LUZ DE UN CONTEXTO QUE COMO CUALQUIER OTRO, ESTÁ CARGADO DE SINGULARIDADES E INSTALA PREGUNTAS TAN VARIADAS COMO ABIERTAS A LA REFLEXIÓN: ¿HABRÁ UNA INDUSTRIA DISEMINADA POR EL TERRITORIO NACIONAL O SERÁN ESTAS PRÁCTICAS EXPRESIONES DE UNA ARTESANÍA LOCAL? ¿CÓMO AFECTA LA GLOBALIZACIÓN A ESTAS NUEVAS FORMAS DE PRODUCCIÓN? ¿CÓMO SE ES DISEÑADOR INDUSTRIAL EN ESTAS CONDICIONES?

MÁS ALLÁ DE LAS POSIBLES DISQUISICIONES ENTRE OFICIO Y ENTORNO, ME INTERESA RELEVAR LA MAESTRÍA CON QUE AQUELLAS PERSONAS QUE QUEDARON DESCOLGADAS DE LAS ANTIGUAS FÁBRICAS CONTINÚAN EJERCENDO SU LABOR EN CONDICIONES MUCHAS VECES PRECARIAS Y AUTOGESTIONADAS.

Arriba, taller de brillo en La Legua.



EL CONTEXTO: LA INDUSTRIALIZACIÓN

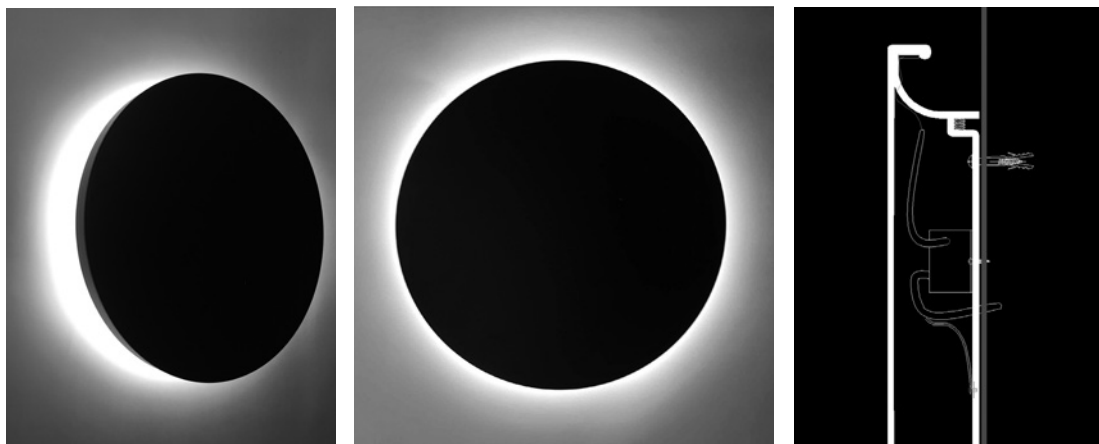
A mediados del siglo XX, el Estado chileno inauguró una política activa de impulso a la industria, con la creación de instituciones para su regulación y planificación. Estos estímulos fueron canalizados a través de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), implementando centros y barrios industriales, con fábricas que producían todo tipo de bienes. Un hecho excepcional en el país, que desde los inicios de la república ha sido testigo de una pugna entre quienes apoyan la mercantilización y la apertura a los mercados que proveen bienes importados y aquellos que postulan que una industria nacional trae, entre otras virtudes, el desarrollo de oficios con conocimientos especializados, y por lo tanto que posibilita un pueblo más culto.

Hubo industria. Alrededor de 1950 en Santiago, en el barrio cercano a la población La Legua, se instalaron empresas de diversos rubros, de las cuales muy pocas continúan vigentes. La Legua es un barrio obrero que se fundó en la década de 1930 y se desarrolló como barrio industrial entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, principalmente en el sector de avenida Santa Rosa y Carlos Valdovinos. Allí existieron, por ejemplo, la

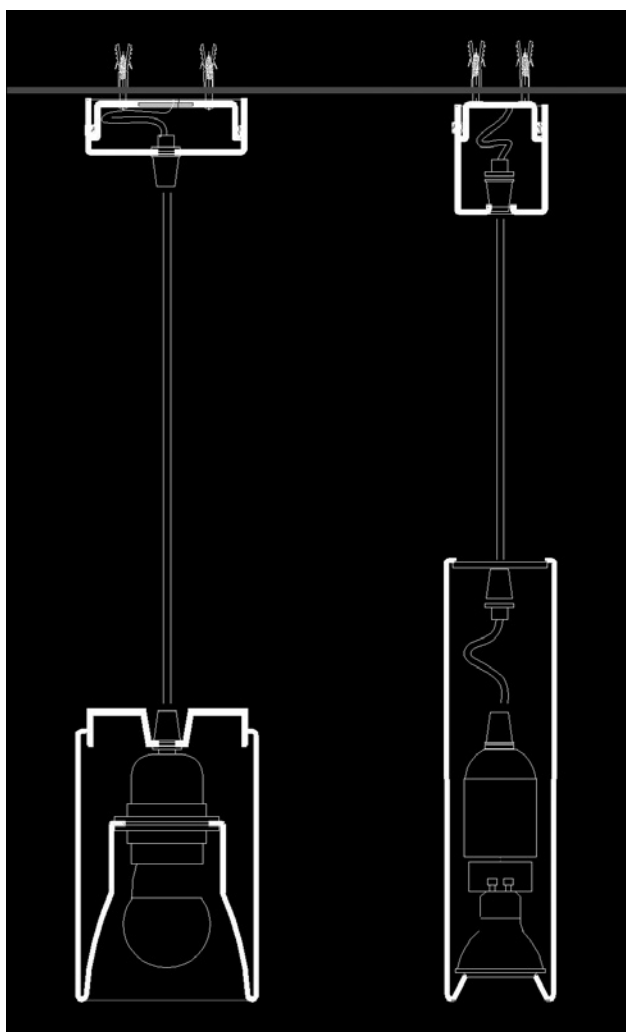
metalúrgica Indumet y la fábrica textil Sumar, compañía privada dedicada al hilado de algodón y a la elaboración de telas. A un costado de la textil fue construida la población Sumar, viviendas destinadas al bienestar de sus trabajadores. Estas industrias de grandes superficies reunían distintos procesos de fabricación, que en el caso de las metalúrgicas abarcaban mecanizado, torneado, repujado, pintado, pulido, entre otros, organizados según la línea de producción. Las personas que trabajaban allí, compartiendo sus oficios, en muchos casos resultaban además ser vecinas en el barrio.

La mercantilización extrema que surge como consecuencia del plan económico impuesto por la dictadura en los años posteriores a 1973, llevó a la extinción paulatina de este conjunto de acciones que se desarrollaban en favor de la industria nacional.

Si bien los recuerdos de estas grandes fábricas sobreviven en espacios arquitectónicos reconvertidos o abandonados como es el caso significativo de la textil Sumar, que ha sido transformada en el mall La Fábrica Patio Outlet (permitiéndose un juego evocativo en la constitución de su nombre), el oficio de sus trabajadores también ha sabido encontrar el modo de perdurar. Cierra una fábrica, pero pareciera que el saber hacer no se clausura.

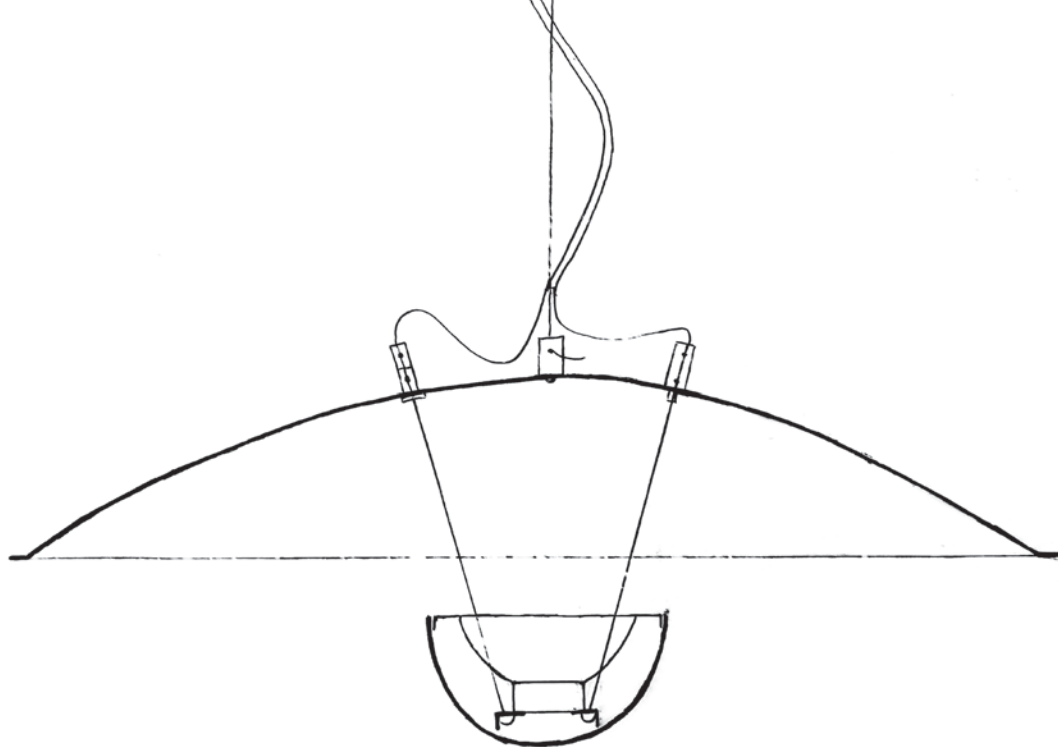


Luminaria de pared. Fotografía y sección.



Luminaria colgante. Sección y fotografía.





Boceto de luminaria reflectante indirecta.

EL PRODUCTO: LAS LUMINARIAS

Una búsqueda minuciosa y constante que he sostenido como diseñador industrial, ha sido la producción de luminarias contemporáneas en el contexto local, donde –y a riesgo de cuestionar la coherencia de esta profesión– escasean las industrias. Estos objetos son elaborados para integrar proyectos desarrollados en el campo de la iluminación, en los que privilegio los medios de fabricación que tengo a mano por sobre el uso exclusivo de catálogos importados. Esta decisión me ha llevado a rastrear las pistas de maestros especializados que trabajan en pequeños talleres autónomos (muchas veces en los patios de sus casas), e integran a su vez una red colaborativa y complementaria con sus pares.

Ante la saturación que ha sufrido la oferta de todo tipo de luces, he procurado mantener un principio vinculado al bienestar de las personas que se ha vuelto imprescindible al momento de tomar decisiones sobre un diseño: cuidar la retina o proveer de confort visual ocultando las fuentes de luz en los objetos, y así se evita el deslumbramiento.

LA HERRAMIENTA: EL TORNO

El torno es una de las herramientas más antiguas de la humanidad. Su uso en alfarería se remonta alrededor de cuatro mil años antes de Cristo. Al comenzar la Revolución industrial en Inglaterra, se desarrollaron tornos capaces de dar forma a una pieza metálica. Estos se perfeccionaron hasta que en el siglo XVIII su versión para metales hizo posible la producción seriada de piezas de precisión.

Hay un tipo de torno específico que produce formas cóncavas a partir de láminas metálicas: el torno para repujado, y su mecánica consiste en presionar un disco de metal maleable (aluminio, cobre, bronce o acero), de poco espesor, sobre una matriz sólida de fierro sin dejar de rotar, hasta que la forma de la matriz se imprime sobre la plancha, generando una copia. Este torno es muy similar al que se utiliza para madera, aunque cuenta con una potencia mayor (desde 1,5 HP a 3 HP en promedio), que evita que la pieza metálica se frene contra la matriz. La rotación y la presión combinadas producen formas regulares sobre el material elegido: concavidades hechas para contener, como cuencos, vasijas u ollas, y concavidades hechas para proteger y reflejar, como es el caso de algunas pantallas para luminarias.

Es sorprendente ver el modo en que los discos se transforman en volúmenes cuando pasan por el torno repujador; lo dúctil que se vuelven los metales ante la suave rotación. Vasos, ollas, campanas y pantallas son las típicas figuras que se obtienen de este proceso, y sus dimensiones suelen ser más anchas que altas.



Matrices de repujado.



Mario Feliú y el torno de repujado.

LOS OBREROS ARTESANOS: UNA INDUSTRIA FRAGMENTADA

El repujador

Hace algunos años empecé a visitar a Michel Reyes en su taller de repujado (Reyes & Weintgardner Spa) en La Legua Vieja. La mayor parte de las veces voy en bicicleta desde el centro de la ciudad hasta la comuna de San Joaquín, recorriendo unos cuatro kilómetros, o una legua: la medida que le da el nombre al barrio. De camino al taller atravieso La Legua Emergencia, una población más nueva que parece estar siempre bajo un doble acecho: sitiada por Fuerzas Especiales y presa de una constante remodelación urbana, impulsada por sucesivos planes de intervención estatal.

Es fascinante ver la diversidad de matrices y piezas que se acumulan en los encargos que ha recibido Michel: desde utensilios inoxidables de alta precisión para hospitales hasta campanas de bronce para alguna

iglesia. Diseñar una matriz es simple: se trata de dibujar el perfil de la pieza cuidando que sea ligeramente más ancha en su base para poder extraerla del torno. Una de las primeras tareas que le encomendé fue desarrollar una luminaria tubular, más larga que ancha, un rasgo poco habitual que de inmediato supuso un desafío. Tras un tiempo de pruebas y de concebir una serie sistemática de moldes, llegamos a una forma alargada que cumplía con el propósito de contener una lámpara y producir un borde antideslumbrante en una pieza integrada.

Mario Feliú, operador del torno, la persona con más experiencia en el taller, logra perfeccionar una técnica que permite homogeneizar el espesor de la pared de la pieza. A esta manera de producir, manual y mecánica a la vez, bien la podemos llamar artesanía local: cada objeto es parecido a su serie, aunque lleva marcas menos visibles que lo hacen único. Las imperfecciones casi imperceptibles que el artesano le imprime lo hace irrepetible.

Un fabricante italiano, que tuvo la oportunidad de visitar, realiza un proceso similar al ejecutado por Michel: produce reflectores imprimiendo planchas con un torno, pero lo hace en condiciones que superan con amplitud los escasos recursos con los que cuenta el taller de La Legua: en galpones gigantescos e iluminados, con procesos automatizados y precisos, y obreros que disponen de altos estándares de seguridad, sociales y laborales. Sin embargo, el oficio y el entusiasmo profesional en ambos casos son equivalentes.

El abrillantador

La pieza hecha por el repujador viene con la forma que ha copiado de su matriz, y trae consigo las huellas del proceso: las marcas de la rotación, la grasa y el color opaco del material cambiado a la fuerza. Para una luminaria la importancia del brillo en la terminación o en las piezas reflectoras es fundamental. Hay una escala casi infinita de brillos en los metales y el ojo empieza a distinguirlos a medida que se adentra en ese mundo de productos abrasivos y tornos con diversas felpas que en sucesivos pasos los hacen relucir.

Por recomendación de Michel visité a Hardy Vargas, cuyo oficio es abrillantar metales. Hardy trabajó en la fábrica de llaves sanitarias Nibsa, pero la empresa cerró su producción local y a partir de entonces solo importa desde Asia. Michel y Hardy integran parte de la cadena de producción para las luminarias que diseño, y sus talleres se hallan a unas diez cuadras de distancia cruzando la avenida Presidente Salvador Allende.

Hardy me ha dicho que toque el timbre porque su celular suele estar descargado. Abre una señora cargando una guagua en brazos y al rato aparece él, invitándome a pasar. Atravesamos dos patios entre ropa tendida y juguetes antes de llegar al taller que está instalado en el tercer patio al interior de la casa; allí hay una forja, una cocina y una mesa con mantel de tevinil sobre la cual reposa una garrafa. Hardy insiste en que compartamos un poco de vino porque, apunta: “El tinto nos limpia de la toxicidad”. Finalmente ingresamos al taller que parece una ruca de campo, de esas donde la luz se filtra por las hendiduras que quedan repartidas al azar entre las tablas. El lugar es oscuro, apenas iluminado por un viejo tubo fluorescente T10, para el que quizá ya no exista repuesto disponible. Tras alargar la conversación me acerca una caja que contiene el trabajo que le he encargado, y en medio de la oscuridad brilla un tesoro: bronce y cobres pulidos a la perfección.



Arriba, Hardy Vargas en el taller del brillo.

Abajo, luminaria reflectante indirecta vista desde abajo.